



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La cuestión étnica en el Caribe Centroamericano: algunos elementos para la discusión

Autor: Serna Moreno, J. Jesús María

Forma sugerida de citar: Serna, J. J. M. (1994). La cuestión étnica en el Caribe Centroamericano: algunos elementos para la discusión. *Cuadernos Americanos*, 5(47), 130-148.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 47, (septiembre-octubre de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA CUESTIÓN ÉTNICA EN EL CARIBE CENTROAMERICANO. ALGUNOS ELEMENTOS PARA LA DISCUSIÓN

Por *J. Jesús María SERNA MORENO*
CCYDEL, UNAM

EN AMÉRICA CENTRAL, como ha ocurrido también en otras partes de nuestro continente, han aparecido durante los últimos años una serie de movimientos sociales con un claro y fuerte componente étnico. Dichos movimientos han quedado registrados por la más reciente historiografía y su estudio y análisis, así como su valoración desde las diversas ciencias sociales, apenas se inicia a principios de la década de los ochenta, originando, entre otras discusiones, la referida a la llamada cuestión étnico-nacional. En sus aristas más agudas, esta interesante polémica rebasa con mucho el ámbito académico y ya forma parte de una nueva cultura política que ha incorporado a su discurso las demandas y reivindicaciones más sentidas de los pueblos indios y a la que poco a poco se han ido aproximando también las comunidades afroamericanas.

El desarrollo futuro de los movimientos impulsados por estos pueblos dependerá fundamentalmente de los procesos históricos concretos generados dentro del específico contexto nacional en el cual se hallan inscritos y del nivel de organización y conciencia que logren alcanzar. En el caso del Caribe centroamericano no bastan ni el pasado común ni el hecho de que los territorios pertenecientes ancestralmente a los indios se encuentren segmentados por las actuales fronteras nacionales, para que existan propuestas cuyas reivindicaciones rebasen el marco de lo nacional. Mayas de México, Nicaragua, Belice y Honduras; miskitos y sumos hondureños y nicaragüenses; guaymíes de Costa Rica y Panamá; cunas y chocóes de este último país y de Colombia, vuelcan sus esfuerzos hacia sus respectivos foros políticos nacionales. De esta manera, aunque los logros o descabros de un determinado movimiento en éste o aquel país de nuestra América influye necesariamente en los movimientos

del resto del subcontinente y aunque existen muchas formas actuales de comunicación, intercambio y coordinación a nivel latinoamericano, hay que reconocer que las determinaciones más concretas, inmediatas y aun mediatas se dan en el marco de lo nacional.

La mayoría de las naciones latinoamericanas son pluriétnicas y pluriculturales, pero esto no significa que sus Estados nacionales lo sean; es decir, que se asuman a sí mismos, y asuman a la nación como un colectivo con derechos y responsabilidades iguales para todas las etnias y culturas que los constituyen. Por el contrario, partimos de la tesis que considera a los Estados nacionales centroamericanos como Estados que niegan en la práctica, en mayor o menor grado, el carácter pluriétnico y pluricultural que poseen las naciones de Centroamérica. La excepción la constituye el proceso mediante el cual se le concedió su autonomía a la Costa Atlántica de Nicaragua (a pesar de las limitaciones con que ha topado, sobre todo debido a las políticas neoliberales del actual gobierno de Violeta Chamorro). Este significativo y trascendente logro de los pueblos indios de la Costa Atlántica nicaragüense ha dado paso a la expresión de potentes y ricos filones propios de la diversidad étnica y cultural que subyacen ocultos o inhibidos por las estructuras políticas, económicas, ideológicas y culturales dominantes en ese país.

Dentro de este orden de ideas abordo aquí el tema relacionado con la cuestión étnica en el Caribe Centroamericano. Como con frecuencia ocurre que al elaborar la historia de la constitución de los Estados nacionales se soslaya de manera consciente o inconsciente el componente étnico de los procesos político-sociales mediante los cuales se configuran dichos Estados, me parece útil el análisis de algunos puntos de vista que han sido vertidos, desde la antropología, en la discusión sobre la cuestión étnico-nacional, así como la revisión de algunos trabajos, principalmente etnográficos, que muestran la complejidad de la realidad étnico-cultural del Caribe centroamericano. La elaboración de numerosas investigaciones recientemente publicadas, junto con una serie de eventos dentro y fuera de la academia, apuntalan el avance hacia la superación de la problemática teórica pero con implicaciones prácticas que aquí señalamos. En particular, muchas de las nuevas publicaciones nos proporcionan no sólo el registro descriptivo que nos informa de los procesos étnico-culturales latinoamericanos, sino también lo relacionado con el desarrollo de nuevos enfoques teórico-metodológicos de interpretación, crítica y reconstrucción de la historia que intentan vincular lo étnico con lo nacional. Lo anterior cobra mayor

relevancia en la medida en que, por lo general, las categorías utilizadas en muchos de los trabajos etnográficos para tratar las problemáticas de los pueblos indios, conceptualizan los fenómenos en pequeñas unidades aisladas de los contextos macrosociales. Estas problemáticas no pueden ni deben verse así, como si se tratara de analizar una cuestión aislada de todo contexto.

Nuestro planteamiento metodológico está inspirado en la propuesta del antropólogo mexicano Andrés Medina, quien nos señala en un trabajo aún no publicado que:

La investigación etnográfica constituye el instrumento metodológico fundamental para realizar el trabajo que contribuya a redefinir la cuestión étnico-nacional a partir de sus componentes básicos, los pueblos indios, por principio, y los procesos étnicos, por los que se configura la moderna nación.¹

Asimismo, nos subraya la necesidad de reconsiderar a la etnografía ‘‘a partir de la inserción en las características históricas y culturales de los pueblos americanos, en el marco de la configuración nacional y de las incidencias de las formaciones estatales’’.² La argumentación de Medina es sólida y mucho más compleja de lo que aquí sólo esbozamos y hace alusión al hecho de que

la extrema rigidez impuesta por una concepción criolla de un nacionalismo eurocéntrico ha impedido cualquier tendencia hacia el reconocimiento de la diversidad étnica, pero la presión creciente de los pueblos indios, que ha impugnado estos sistemas opresivos, racistas y etnocidas, comienza a cambiar este estado de cosas.³

Por otra parte, la discusión sobre la cuestión étnico-nacional ha arrojado ya una serie de resultados por demás interesantes, aunque de ninguna manera haya quedado cancelada aún. El llamado etnopolitismo, que ve a los pueblos indios desde una postura romántica e idealizada, se ha reforzado últimamente no sólo por nuevos desarrollos teóricos en el ámbito académico, sino también por el aporte de los propios pueblos indios a través de sus más destacados representantes intelectuales. Esta corriente ha sido tradicionalmente identificada con los planteamientos incluidos en la I Declaración

¹ Andrés Medina, *La etnografía y la cuestión étnico-nacional en Centroamérica; una primera aproximación*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (inédito).

² *Ibid.*, p. 97.

³ *Ibid.*

de Barbados, firmada y publicada en 1971, cuya influencia durante los últimos años ha llevado a conformar una tendencia panindia de carácter continental. En México, Guillermo Bonfil ha sido señalado por muchos antropólogos como el representante más destacado de esta corriente y Héctor Díaz Polanco como su crítico más agudo. Este último ha puesto en claro, entre otros, los siguientes reveladores aspectos: por principio de cuentas, que el etnopolulismo, después de haber criticado a ciertas formas del indigenismo estatal, terminó por convertirse a su vez en una nueva política indigenista del Estado. Por otro lado, que su concepción de lo étnico debía ser caracterizada como "esencialista", ya que los factores y características de la etnicidad aparecían en la visión etnopolulista como "invariables" y las etnias resultaban "anteriores" respecto de las clases sociales. De ahí que a la realidad se la escindía en dos mundos, el "occidental" separado del mundo indígena, el cual debería ser visto como el de los "otros", distintos a los que habitamos la sociedad clasista.⁴

Las implicaciones políticas de esta postura la llevaban a oponerse en la práctica a la unificación o alianza del movimiento indio con los demás movimientos sociales de los otros explotados dentro de una misma nación. Se obstaculizaba, por lo tanto, el desarrollo de una conciencia nacional desde la diversidad étnica, característica ésta que le imprime su especificidad a las naciones latinoamericanas.

La alternativa teórica y práctica que frente a lo anterior se propone, señala, entre otras importantes cuestiones, que lo étnico no tiene una esencia mística invariable, sino justamente se caracteriza por su capacidad de transformación histórica. Asimismo, en cuanto a la supuesta "anterioridad" de las etnias, sostiene por el contrario la contemporaneidad de éstas respecto de las clases sociales, por lo que no puede sostenerse tampoco una independencia de los sistemas étnicos con respecto a los complejos clasistas, sino que lo étnico es una dimensión fundamental de la formación clasista de la sociedad.⁵

Actualmente, varias cuestiones de esta polémica, aunque no precisamente las aquí mencionadas, deberían ser reconsideradas. Hay que revisar, por ejemplo, el uso de las categorías y conceptos en

⁴ Cf. Héctor Díaz Polanco, *La cuestión étnico-nacional*, México, Editorial Línea, 1985, pp. 61-71.

⁵ *Ibid.*

muchas ocasiones arbitraria e indistintamente utilizados. Hay que cuestionar también la carencia absoluta, por parte de esta postura teórica, del reconocimiento de algún valor científico a los aportes etnográficos. En cuanto al primer cuestionamiento, cabría señalar que no es indistinto hablar de pueblo, clase, etnia, grupo étnico, indio, indígena, raza, etcétera. La utilización de uno u otro concepto tiene implicaciones de índole teórica y política que deben tomarse muy en cuenta al discutir la cuestión étnico-nacional.

En cuanto al segundo señalamiento crítico arriba anotado, la búsqueda de no diluir en nuestro estudio la especificidad de lo latinoamericano, consideramos importante recordar a aquellos marxistas que menosprecian a la etnografía. Con esta actitud niegan a los estudios etnográficos el enorme valor que tienen para la construcción de una antropología latinoamericanista que abandone las viejas posturas según las cuales el objeto de las ciencias antropológicas se aleja por su especificidad de la naturaleza actual de las sociedades contemporáneas. Como ya sabemos, para europeos y estadounidenses la antropología es el estudio del Otro, sea el hombre primitivo, el salvaje o el indio. En cambio, como dice Andrés Medina, “para los que formamos parte del lado sur y pobre del continente, la antropología es el estudio de nosotros mismos, de nuestra diversidad étnica y nacional”.⁶

Por ello pensamos que es hora de llevar al cabo la vieja (pero no por ello menos válida) idea de realizar nuestros estudios apoyados en la multi, inter y transdisciplinariedad, así como imprimirles un carácter globalizador, además de no soslayar su contenido político. El trabajo antropológico, dígame lo que se diga, no ha dejado de ser un quehacer comprometido, aunque cada vez se haga más necesario respetar al máximo el libre curso de los procesos sociales que estudiamos, evitando las posturas paternalistas o dirigistas que tiendan a sustituir en la teoría y la práctica a los reales actores que los protagonizan.

En busca de este afán, hay que ubicar los valiosos aportes de Darcy Ribeiro, que es, según el decir de Andrés Medina,

el primer autor que señala regularidades generales que le permiten definir una tipología en base a los componentes étnicos, pero sobre todo ofrece un punto de vista que introduce una gran flexibilidad y una relación muy estrecha con la constitución de los Estados nacionales.⁷

⁶ *Ibid.*, p. 41.

⁷ Medina, *op. cit.*, p. 30.

La concepción dinámica de la etnia, concebida en transformación compleja, de acuerdo a los procesos históricos que inciden en su génesis, transfiguración y muerte o desaparición en la configuración de las nacionalidades, distingue a esta propuesta del marxismo ortodoxo y de la antropología cultural. Nosotros retomamos la sugerencia de utilizar de la tipología de Ribeiro su caracterización de los que él llama pueblos testimonio, pueblos transplantados y pueblos nuevos, para confrontarlos con la situación específica de las naciones centroamericanas.⁸

La historiografía liberal minimiza, si no es que hace desaparecer, a los indios y a los negros de la historia y la cultura nacionales. Pero el etnocidio, que se inicia con la Conquista, continúa durante la Colonia y también durante todo el siglo pasado y en algunos lugares se mantiene aún en la actualidad. Así, en América Central encontramos hoy en día Estados oligárquicos, coloreados por un marcado racismo, que postulan políticas orientadas a "integrar" las culturas indias por considerarlas atrasadas y marginadas. Esta "ladinización", por cierto apoyada por los Estados Unidos, consiste en hacer desaparecer la diversidad étnica y lingüística para homogeneizar racial y culturalmente las naciones centroamericanas, con el español como lengua exclusiva.

Es en contra de este proceso, etnocida en la práctica, que se levantan, entre otros sectores, los pueblos indios. Demandan, así, el reconocimiento a sus particularidades étnicas y lingüísticas, no como entidades estáticas sino en procesos en desarrollo (lo que llamaríamos etnodesarrollo). Así como también reivindican su derecho a transformar las estructuras políticas y económicas de opresión, a través de procesos democráticos que les permitan decidir por sí mismos el tipo de normatividad que debe regir en sus comunidades (lo cual se ha expresado, en algunos casos, en proyectos de autonomía de distinto tipo).

A continuación anoto aquí algunos elementos que ubican geográfica, cultural y etnológicamente la región a la que llamo Caribe centroamericano.⁹

⁸ Véase Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, México, Extemporáneos-UNAM, 1977 (Col. *Latinoamérica*, 2), y el resumen que hace en su obra *Configuraciones*, México, SEP/Setentas, 1972.

⁹ En relación a las fuentes que he utilizado menciono aquí cuatro trabajos recientes que me fueron de gran utilidad: Luz María Martínez Montiel, coord., *Presencia africana en Centroamérica*, México, CONACULTA, 1993 (*Claves de América Latina, Nuestra Tercera Raíz*), que incluye trabajos de Francisco Lizcano (sobre el

Una característica de América Central que frecuentemente se menciona es la existencia de las dos zonas geográficas constituidas por la costa atlántica y la costa del Pacífico. Ésta, desde luego, es una distinción muy general pero que nos ayuda a tener un punto de referencia global para analizar la región del Istmo.¹⁰

Es en la costa oriental de América Central donde se ubica el Caribe Centroamericano; en ella se dieron durante la época colonial la interrelación de la economía de plantaciones, la institución de esclavos africanos y las disputas territoriales entre las potencias colonialistas europeas, y, a partir del siglo pasado, la irrupción del neocolonialismo norteamericano. A esta zona se le ha considerado parte de "Afroamérica" o "América de las plantaciones".¹¹ Pero se trata también de una zona en donde habitan indígenas, principalmente los pertenecientes a las tribus chibchas, que a pesar de haber sufrido mermas muy importantes en su población continúan, hoy en día, formando parte de los grupos humanos que pueblan la llamada Costa Atlántica centroamericana. Sin embargo, aun estos grupos humanos, por cierto muy pequeños, han sido influenciados históricamente por fenómenos culturales propios de la órbita caribeña, por lo que el nombre de Caribe Centroamericano los abarca también.

Históricamente se dio desde antes de la llegada de los españoles una mayor concentración demográfica y más tarde un mayor desarrollo socioeconómico en los altiplanos, mesetas y en los bosques secos y sabanas ubicados en la región del Pacífico. El desarrollo sociocultural específico en las llanuras bajas del lado Caribe y su

Istmo en su conjunto y sobre El Salvador en particular); Francesca Gargallo (Belice); Rafael Leyva Vivas (Honduras); Germán J. Romero V. (Nicaragua); Quince Duncan (Costa Rica) y Manuel de la Rosa (Panamá); Carlos M. Vilas, *Estado, clase y etnicidad: la Costa Atlántica de Nicaragua*, México, FCE, 1993; Francesca Gargallo y Adalberto Santana, comps., *Belice: sus fronteras y destino*, México, CCYDEL, UNAM, 1994. Y, por último, la obra inédita ya citada de Andrés Medina. Aunque desde enfoques diferentes, en los cuatro textos queda de manifiesto tanto el carácter nacional de las cuestiones étnicas como su doble inscripción en el ámbito regional, en este caso Centroamérica y el Caribe, pero también su pertenencia a la problemática latinoamericana.

¹⁰ Véase Oscar Schmieder, *Geografía de América Latina*, México, FCE, 1985, p. 188: "...sólo el clima y la vegetación determinan el contraste que existe entre la naturaleza del lado atlántico con la del lado del Pacífico, contraste que ha sido decisivo para el desarrollo del paisaje cultural".

¹¹ Gerhard Sandner y Hanns-Albert Steger, *América Latina, historia, sociedad y geografía*, México, CCYDEL, UNAM, 1987 (*Nuestra América*, núm. 10), pp. 151-165.

incorporación en el contexto de la región caribe fueron facilitados por la estructura físico-geográfica, aunque no causados por ésta.

La colonización española se produjo principalmente sobre asentamientos indígenas anteriores a la conquista y la división política resultante generó fronteras entre las diversas provincias muy similares a las que poseen las naciones actuales.

Estas fronteras se fueron formando en franjas que quedaban más o menos a la mitad entre una localidad y otra, las cuales a su vez se componían de centros aislados y densamente poblados. El aislamiento y la diferenciación de estos centros no pudo evitarse ni por la administración común que poseían las provincias centroamericanas, cuya capitanía general se encontraba durante la época colonial en Guatemala (a la cual, por cierto, no pertenecía Panamá que estaba integrada a Nueva Granada o Colombia), ni tampoco pudo evitarse por el eje de comunicación representado por el llamado "camino real" que se tendía a lo largo de las costas del Pacífico.¹²

Después de que las provincias se emanciparon por la independencia adquirida conjuntamente en 1821, las características específicas de cada una de las distintas formaciones sociales se convirtieron en los rasgos fundamentales de una individualidad nacional que se manifiesta hasta en particularidades lingüísticas de la lengua nacional española.

Los sectores agroeconómicos productivos de todos los países del istmo están en manos de una capa dirigente pequeña y de empresas extranjeras. Más de las tres cuartas partes de los productos de exportación las constituyen sólo algunos cultivos (café, banano, algodón) que se dan en una pequeña fracción de la superficie y están en manos de unas pocas familias y de empresarios. La mayoría de la población rural tiene problemas por ser insuficiente la tierra que posee o por carecer de ella.

Durante la época colonial, la actual Antigua Guatemala se convirtió en el centro cultural más importante del imperio colonial español en el istmo centroamericano. Desde entonces, Guatemala asume la dirección en un esfuerzo por mantener el espacio centroamericano dentro de una unidad política. Pero después del fracasado proyecto de las llamadas Provincias Unidas del Centro de América, Guatemala no tuvo la fuerza política, económica ni militar, como tampoco la cultural, para asegurar la cohesión del área.¹³

¹² *Ibid.*, p. 159.

¹³ *Ibid.*

Sandner y Steger consideran, además, que existen en Centroamérica varias zonas sociopolíticas claramente diferenciadas, la zona maya, la zona colonial europea, la zona indocaribeña de la Costa de la Mosquitia y la zona afrocaribeña; a ello se agregan la política de excavación canalera para las zonas factibles y la ocupación económica por monocultivos, determinadas por el extranjero.

Se trata de zonas superpuestas de muchas maneras diversas y que sirven de base para el desgarramiento socioeconómico del espacio. La contraposición que existe entre estas zonas se debe a concepciones básicas de tipo sociocultural, de las cuales se señalan tres: una que quedaría más o menos inscrita en el área mesoamericana en Centroamérica y que fue ubicada en lo fundamental a partir de los trabajos realizados por Paul Kirchhoff. Se desplaza a lo largo de la costa occidental desde el norte hasta aproximadamente la altura del gran lago Nicaragua (pueblos nahuas), y en la línea opuesta, la otra gran zona, que parte del sur y se orienta más por la costa oriental y que llega también, más o menos, hasta la mitad del puente de Tierra (tribus chibchas) en la vertiente del Caribe. La región que hoy engloba Nicaragua del sur y Costa Rica nororiental representa la zona intermedia, "flotante", en la que se nivelan y neutralizan más o menos las dos direcciones como fuerzas de acción; en realidad un puente cultural no se formó nunca.¹⁴

Sin embargo, un aspecto que ha sido poco destacado en el estudio del proceso histórico de la constitución y diferenciación de cada una de las naciones centroamericanas es la participación de los diversos pueblos indios y de los grupos étnicos que le imprimieron su particular perfil étnico-cultural a cada nación. En el caso de la región del Caribe centroamericano los procesos étnico-culturales presentan rasgos comunes que rebasan las fronteras de los Estados nacionales y que lo constituyen en uno de los dos grandes conjuntos culturales en los que se divide el Istmo: uno sería el de los llamados anglo mestizos. El otro conjunto es el de los hispanomestizos.¹⁵

Esto no quiere decir que el llamado Caribe Centroamericano esté poblado exclusivamente por los llamados anglo mestizos. En realidad se trata de un heterogéneo mosaico en donde predominan los criollos afroamericanos de habla inglesa, los garífonas y los indígenas "anglizados", los cuales se asientan casi exclusivamente en la costa atlántica. Este hecho es el que confiere a dicha vertiente

¹⁴ *Ibid.*, pp. 159-161.

¹⁵ Cf. lo que sostiene Francisco Lizcano en su trabajo "La población negra en el istmo centroamericano" incluido en Martínez Montiel, *op. cit.*, pp. 31-59.

un intenso carácter de raigambre africana e inglesa, lo cual contribuye de manera decisiva a diferenciar del resto de la región a esta parte de América Central.¹⁶

En épocas relativamente recientes se ha generado por diversos motivos la migración de hispanomestizos a la costa atlántica, lo que ha ido alterando el perfil étnico de la estructura social de esta subregión, pero en términos generales se sigue conservando en lo fundamental una identidad cultural más bien de tipo caribeño que centroamericano propiamente dicho.

Una visión rápida y muy general de la situación étnica y cultural del Caribe Centroamericano país por país (excluyendo desde luego a El Salvador por no tener litoral en el Atlántico) nos daría el resultado siguiente.

En Guatemala se agudizan cada vez más los contrastes entre la población indígena y la no indígena y, al mismo tiempo, crecen dentro de la llamada Guatemala de los "ladinos" las tensiones entre las pequeñas regiones centrales y productivas con su creciente especialización y las áreas rurales con su agricultura de subsistencia o más pobres y con mayor presión demográfica. En lo que se refiere a las etnias que habitan la costa del Caribe en Guatemala, consideramos importante hacer mención de los garífonas,¹⁷ de lengua arawaka o caribe; los podemos encontrar en pequeñas cantidades en Puerto Barrios y en Santo Tomás de Castilla, pero, en realidad, es Livingston el único lugar en donde se encuentran concentrados y en donde también habitan algunos criollos afroamericanos. Los garífonas cuentan con un complejo cultural amplio que los caracteriza. Un estudio importante en el caso de Guatemala es el de Alfonso Arrivillaga Cortés, que abarca aspectos tales como el idioma garífona, la música tradicional garífona, el culto a los ancestros (*chugu* y *dugu*), su visión del mundo, sus organizaciones sociales (familia, hermandades), su literatura oral (*uraga*), sus rituales o representaciones como el *yarumein*, que representa la llegada de los primeros garífonas a esa tierra.¹⁸

¹⁶ *Ibid.*, p. 31.

¹⁷ Indistintamente se escribe *garífona* o *garífuna*; yo prefiero la primera forma por considerar que al traducir del inglés en la mayoría de los casos se usó *garífuna* por la pronunciación de vocal cerrada, pero en español tenderá a utilizarse la pronunciación con vocal o, que es más abierta.

¹⁸ Alfonso Arrivillaga Cortés, *Introducción a la historia de los instrumentos musicales de la tradición popular guatemalteca*, Guatemala, CEFOL-USAC, 1982 (*La tradición popular*, núm. 36); *Etnografía de la fiesta de San Isidro Labrador en Livingston, Izabal, Guatemala*, Guatemala, CEFOL-USAC, 1985 (*La tradición popular*, núm. 54);

En Costa Rica cerca del 60% de los habitantes vive en el pequeño Valle Central y casi 25% en la capital San José. Mientras que tanto la capacidad demográfica como la estabilización de la población permanecen muy bajas, aumenta la diferenciación entre las llanuras secas del noroeste del lado pacífico con sus extensas haciendas ganaderas con relación a las áreas de plantaciones en las llanuras bajas del Caribe y las llanuras húmedas del Pacífico.¹⁹

En Costa Rica, no obstante esta fragmentación regional, no encontramos la desintegración fundamental que es tan característica en Guatemala. La escasa importancia de latifundios en la época colonial, y la falta de extensas áreas de población indígena que distinguen a Costa Rica de los demás países del Istmo han propiciado sin duda esta situación. Además de que la intensa red de lazos familiares y relaciones económicas, junto con la pequeñez del territorio, contribuyeron a disminuir las tensiones entre las áreas rurales y los centros urbanos, Costa Rica es el país centroamericano con menor proporción de población india. Había en total 21 550 en 1987, según un censo, es decir, menos de 1% de la población nacional. Se hablan ocho lenguas en 21 reservas indígenas. A. Medina señala que "en el caso de las reservas del norte, a pesar de que se mantiene la identidad india, hace tiempo se han olvidado las lenguas, como el mangué, miembro de una de las más grandes familias, o, mejor dicho, troncos lingüísticos mesoamericanos".²⁰ Aunque pocos, los indios costarricenses han creado algunas organizaciones, como la Asociación Nacional de Indígenas de Costa Rica (ASINDIGENA) y La Voz del Indio, cuyos planteamientos, según lo considera Medina, son los principios fundamentales de la indianidad: *autodeterminación* y *etnodesarrollo*. Además hay otras organizaciones y participación en foros internacionales. Sin embargo, la sociedad civil costarricense tiene un profundo rechazo por los pueblos indios, sobre todo cuando obstruyen sus planes de expansión económica. Costa Rica es también un pueblo nuevo, aunque con una ideología de europeización como la de los pueblos trasplantados del Cono Sur, a pesar de la evidente presencia de negros y de indios a quienes tiende a negar, por lo que la recuperación de sus raíces todavía se advierte lejana

Larichugu garífuna, Catálogo XX años, Centro de Estudios Folklóricos, Tegucigalpa, USAC, 1987; *La cultura tradicional garífuna*, Guatemala, CEFOL-USAC, 1989; "La música tradicional garífuna en Guatemala", *Latin American Music Review* (University of Texas Press), vol. 11, núm. 2 (December 1990).

¹⁹ Véase Sandner y Steger, *op. cit.*, p. 155.

²⁰ Medina, *op. cit.*, p. 81.

difícil.²¹ Aparte de los mulatos que viven en la zona del Pacífico (a los cuales se ha referido Quince Duncan en uno de sus trabajos citado por Francisco Lizcano), en la provincia de Limón la población *créole* "alcanza a representar 30% de la población local".²²

En comparación con Guatemala y Costa Rica, los países centroamericanos restantes (Belice, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Panamá) cuentan aparentemente con rasgos comunes, aunque El Salvador ocupa una posición especial por estar restringido a las llanuras secas del Pacífico y estar sobrepoblado casi en su totalidad y, como ya dijimos, no nos corresponde analizar aquí pues no cuenta con fachada caribeña. En los otros países mencionados los núcleos demográficos y económicos se encuentran en las llanuras secas y calurosas del Pacífico, aunque en Honduras también en las cuencas y los valles del interior montañoso. En estas áreas dominan las haciendas ganaderas de uso extensivo, entremezcladas con latifundios de cultivo intensivo de algodón y caña y áreas de economía campesina extensiva con problemas sociales agrarios crecientes. En estos países de 60% a 5% de la población son mestizos, de 20% a 25% indígenas (con excepción de Panamá con sólo 8%), que en su mayor parte viven como grupos fraccionados en las áreas distantes de retirada. De este país y bajo aspectos etnológicos y antropológicos merecen atención especial los indios cuna.²³

Ya que hablamos de Panamá, pasemos de una vez a revisar su caso. Por principio de cuentas habría que señalar que la tensión política por la presencia militar, política y económica de los Estados Unidos en su territorio distorsiona marcadamente sus procesos históricos de configuración nacional. En cuanto a su conformación demográfica, encontramos en la capital un cosmopolitismo que abarca a chinos, paquistaníes, árabes, judíos y otros grupos humanos igualmente heterogéneos. Otra muy distinta es la faz del mundo rural con su cultura de fuerte coloración caribeña. Panamá tiene una matriz étnico-nacional de pueblo nuevo, producto de la fusión de indios y españoles, pero fuertemente teñida por la aportación afroamericana.²⁴ Encontramos aún mulatos (Francisco Lizcano llama mulatos a los descendientes de los negros coloniales) descendientes de los cimarrones que vivieron principalmente

²¹ *Ibid.*, p. 83.

²² Lizcano, *op. cit.*, pp. 40-41.

²³ Sandner y Steger, *op. cit.*, p. 156.

²⁴ Medina, *op. cit.*, pp. 83-84.

en la selva del Darién y también jamaíquinos que llegaron con la construcción del canal y mantienen una condición bilingüe inglés-español. Estos últimos se desempeñan como técnicos en el funcionamiento del canal, bajo el control norteamericano. Y un tercer espacio, distante en cierto sentido del acontecer económico y político nacional, corresponde al de los indios. Entre ellos los ya mencionados cunas, que lograron su autonomía al igual que más tarde los chocóes, aunque se trata de una autonomía limitada en muchos aspectos. En Panamá la mayoría de negros y de todas sus mezclas es determinante, pero a pesar de la larga convivencia (que dio origen al mestizaje evidente hoy en todos los órdenes) aún no se logra una armoniosa integración. Una casta blanca poco creativa y trabajadora pretende mantener para siempre el poder económico, político y militar, ocupar los más altos puestos burocráticos, ser dueña de todo, "como si sus integrantes fueran los únicos en el mundo panameño". Las diferencias importantes entre *créoles* y mulatos son susceptibles de borrarse, como ha ocurrido transitoriamente en algunas coyunturas, por el efecto que produce en ambos grupos la presencia de un mismo enemigo: los norteamericanos y el común explotador que los segrega.²⁵

A Honduras, al igual que a Nicaragua, la divide la frontera cultural que separa a los pueblos mesoamericanos de aquellos otros de la tradición circuncaribe. De esta tradición circuncaribe hondureña son tanto los pueblos de los bosques tropicales, es decir, los paya, los jicaque y los sumo, como los pueblos costeros, esto es los garífonas y miskitos. El problema fundamental de estos pueblos, como ocurre con los indios de otras regiones, es el de la tierra, además de que se encuentran atomizados y sus organizaciones son pocas e incipientes. Aún así en 1985 se realizó en Tegucigalpa el Primer Encuentro Nacional de Grupos Étnicos de Honduras.²⁶

Los indios no mesoamericanos son los menos numerosos y los de mayor dispersión y vulnerabilidad a la modernización capitalista. Los paya o pech, los cuales son poco más de 1 200, divididos en 15 poblados; los sumo, constituidos por unas 400 personas que viven en 4 poblaciones, y los jicaques o tolupan, unos 8 000, en 143 poblados. Por su parte, garífonas y miskitos, aunque son más numerosos, no llegan a cien mil: son 60 900, los primeros distribuidos en 51 po-

²⁵ Véase el trabajo de Manuel de la Rosa, incluido en Martínez Montiel, *op. cit.*, pp. 281 ss.

²⁶ Medina, *op. cit.*, p. 75.

blados rurales más otros en los que son minoritarios; mientras que los segundos serán 26 000, y viven dispersos en 84 poblados a lo largo de la costa y en la región del río Plátano. Hay que aclarar que los garífonas rechazan el asumirse como indios, ya que ellos prefieren identificarse como población negra o "morena".²⁷ Su cultura cuenta predominantemente con raíces africanas, provenientes de las tribus yorubas, bantú, efik y congos, conservando rudimentos de su lengua y religión.²⁸

Honduras es un pueblo nuevo constituido por tres matrices raciales: españoles, indios y una fuerte presencia de la población africana, adaptada a las condiciones de vida de los pueblos indios costeños, de tradición circuncaribe, con una tradición de cultivos de raíces, de coco y bananas. Estos pueblos han resistido a las políticas del gobierno central de querer arrastrarlos a la civilización. Un puntal de esta resistencia lo constituyen los ancianos, que son los principales difusores de su tradición oral, su religión, su música, etc. La ideología creada por la clase dominante define a los antiguos mayas como los antepasados de Honduras, que tendría su origen en los antiguos pobladores de Copán. Sin embargo, a decir de varios investigadores, no existe en este país una conciencia sobre la diversidad étnica y lingüística.²⁹

Pasemos ahora a la región caribeña del territorio de Nicaragua. Se extiende desde el cabo Gracias a Dios hasta San Juan del Norte, en el litoral del mar Caribe. Carlos M. Vilas nos proporciona una serie de datos que nos permiten conocer en rasgos generales la región: ésta concentra casi 90% de las aguas de todos los ríos del país y existen en ella dos grandes tipos de vegetación natural: la sabana de pinos (de suelo lixiviado por lluvias constantes) y el bosque latifolcado de hojas perennes (de donde se extraen las maderas preciosas). La fuerte humedad del clima a causa de la alta pluviosidad propicia el desarrollo de la vegetación y la proliferación de hongos y otras enfermedades que impiden el desarrollo de ciertos cultivos. Los suelos arcillosos en un clima húmedo y lluvioso favorecen culti-

²⁷ *Ibid.*, p. 77.

²⁸ Véase el trabajo de Rafael Leiva Vivas incluido en Martínez Montiel, *op. cit.*, pp. 148 ss.

²⁹ Medina, *op. cit.*, p. 78. Sobre los garífonas en Honduras, puede conseguirse fácilmente el trabajo de Azzo Ghidinelli y Pierleone Massajoli, "Resumen etnográfico de los caribes negros (garífunas) de Honduras", *América Indígena* (México), vol. XLIV, núm. 3 (1984), pp. 485-506.

vos de plantas bulbosas o raíces, no así la siembra de granos básicos, que requiere zonas de mayor drenaje.³⁰

Estas características han gravitado en la vida de las poblaciones costeñas desde la época precolombina. Las culturas indígenas aquí asentadas dependieron fundamentalmente de la caza y de la pesca, localizadas sobre todo a lo largo de los ríos del litoral.³¹

Las cifras de la población de la costa atlántica son imprecisas. En 1981 se estimó en 282 081 habitantes la población del departamento ese año. Por otro lado, aunque la identidad étnica es compleja y dinámica y no siempre se amolda a categorías rígidas, pueden considerarse como grupos étnicos actuales de la costa atlántica de Nicaragua a ramas, sumos, miskitos, *créoles*, caribes negros o garífonas y mestizos. Los primeros tres grupos pertenecen —por rasgos lingüísticos y otras características culturales— a la familia macrochibcha, originaria de América del Sur. *Créoles* y garífonas descienden de población africana traída como esclava —mezclada, en el caso de los caribes negros, con población amerindia de las Antillas.³²

Los ramas son el pueblo indio más pequeño de la costa, que sufrió con más intensidad la conquista y sus consecuencias: epidemias, guerras, esclavitud. Para evitar ser capturados y esclavizados por los miskitos que los vendían a los ingleses, los ramas decidieron trasladarse de un lugar a otro en busca de refugio. Actualmente tienen su asiento principal en Rama Cay, una pequeña isla de la bahía de Bluefields y pueblan además núcleos pequeños y dispersos.³³

Las poblaciones sumo se asientan dispersas en una región que abarca desde el río Grande de Matagalpa, en Nicaragua, hasta la cabecera del río Patuca en Honduras. También sufrieron la esclavización por parte de los miskitos. Se dividen en tres grupos lingüísticos sumos que habitan áreas geográficas separadas: los sumo-panahmaka, los sumo-twahka y los sumo-ulwas.³⁴

La población de miskitos vive actualmente dispersa en el litoral caribe de Honduras, Nicaragua y Costa Rica y constituye el grupo indígena más numeroso de los que pueblan la Costa Atlántica. La mayoría se encuentra en Nicaragua, desde el cabo Gracias a Dios en el norte hasta Laguna de Perlas en el sur. También viven miskitos

³⁰ Vilas, *op. cit.*

³¹ *Ibid.*, p. 23.

³² *Ibid.*, pp. 24-25.

³³ *Ibid.*, p. 27.

³⁴ *Ibid.*, pp. 27-28.

alrededor de los poblados mineros de Siuna, Rosita y Bonanza, y en las riberas de los principales ríos del atlántico nororiental. En 1981 la guerra contrarrevolucionaria los forzó a desplazarse hacia Honduras, a otros puntos de la costa a la ciudad de Managua y a otros lugares.³⁵

Los *créoles* o criollos afroamericanos son los descendientes de africanos (esclavos, cimarrones y libertos), mezclados en diverso grado con otras poblaciones.

La inmigración de africanos se remonta al siglo xvi y se vuelve permanente tras la creación de la Compañía de la Isla de Providencia en 1633. En 1787, tras el Tratado de Versalles, muchos esclavos quedaron en la Costa y también por esta época empezaron a llegar ahí comerciantes jamaíquinos que se quedaron a vivir. Los enclaves norteamericanos durante el siglo xix se abastecieron con inmigración de origen africano desde las Antillas y el sur de los Estados Unidos.

Actualmente la población de *créoles* tiene su centro principal en la ciudad de Bluefields, aunque también los hay en Corn Island, Laguna de Perlas y Puerto Cabezas. Son sobre todo trabajadores semicalificados y administrativos y cuentan con un porcentaje alto de técnicos y profesionales.³⁶

Los caribes negros o garífonas poseen características culturales y lingüísticas de los amerindios que habitaban las Antillas Menores en los tiempos de la conquista europea, con rasgos fenotípicos africanos y habla garífona. Después de la llamada "guerra caribe" de 1795 a 1797 en San Vicente, los ingleses, que dominaban el lugar, trasladaron a los caribes negros sobrevivientes a la isla de Roatán en la Bahía de Honduras. Las condiciones crueles del traslado motivaron que más de la mitad de los alrededor de 4 400 que iniciaron el viaje perecieran durante el trayecto, y sólo unos 2 000 llegaran a Roatán. A principios del siglo xix los caribes empezaron a establecerse en tierra firme, en la costa norte de Honduras. La migración de una parte de esta población hacia Laguna de Perlas y Bluefields tuvo lugar durante 30 años a partir de la década de 1880, por el au-

³⁵ *Ibid.*, p. 29. Sobre los orígenes de los miskitos véase el estudio de Eleonore von Oertzen, "El colonialismo británico y el reino misquito en los siglos xvii y xviii", ponencia presentada al seminario conjunto CDA-Universidad de Hannover, celebrada en Managua del 11 al 16 de marzo de 1985, traducción de Nelly Miranda y Juan L. Alegret.

³⁶ *Ibid.*, pp. 29-30.

ge de la extracción de caoba y de las plantaciones de banano en esa área de Nicaragua.³⁷

Los mestizos constituyen actualmente la enorme mayoría de la población de la Costa, aunque concentrados en los municipios de su área occidental. La presencia mestiza en la Costa se inicia en la década de 1860, cuando el capital extranjero comenzó su penetración en una escala sin precedentes. Los mestizos de Granada fundaron el poblado de Rama que se convirtió en un importante centro de intercambio comercial entre el Atlántico y el Pacífico. Desde entonces trabajadores mestizos comenzaron a llegar a la Costa. Durante la Segunda Guerra mundial el auge de la minería del oro y de la extracción de caucho atrajo contingentes de fuerza de trabajo desde el Pacífico. Posteriormente, la expansión algodонера en el Pacífico, algunos fenómenos naturales y el crecimiento de la ganadería de exportación llevaron a un gran número de campesinos hacia el Atlántico, primero por decisión espontánea de los afectados y luego como política del Estado somocista. La diversidad étnico-cultural, si bien no se corresponde de manera directa con una división clasista, sí engendra en cambio una jerarquía étnico-cultural que ubica a miskitos, sumos y ramas en el piso de la pirámide étnica ocupacional, desempeñando los trabajos más duros, menos deseables y peor pagados. Luego se encuentran los mestizos costeños, en su mayoría campesinos de frontera y asalariados rurales. En un nivel más elevado están los *créoles*, en su mayoría trabajadores calificados, autoempleados, pequeños comerciantes urbanos, pescadores, tripulantes de barcos pesqueros, maestros, técnicos. Y finalmente en la cima, los mestizos de las capas medias y la clase alta del Pacífico, propietarios de medios de producción. Estrato al cual habría que agregar la minúscula capa de gerentes y administradores blancos (norteamericanos y europeos) de las compañías extranjeras.³⁸

En 1979, con el triunfo del sandinismo, estallaron conflictos que no eran en el fondo sino un eslabón más de una larga cadena de enfrentamientos, tensiones y desencuentros con el "Pacífico" y "los españoles".

La exigencia principalmente de los miskitos llevó a una lucha difícil y compleja que desembocó en un proceso cuyo desenlace fue

³⁷ *Ibid.*, pp. 30-31.

³⁸ *Ibid.*, pp. 31-33.

la conformación de las dos zonas autónomas de la Costa Atlántica nicaragüense.³⁹

Belice, aunque es el resultado de un enclave maderero inglés y por lo tanto con una historia que presenta rasgos similares a la región de la Mosquitia, se diferencia de manera muy significativa de las otras naciones centroamericanas en cuanto a su estructura étnico-cultural. El grupo étnico hegemónico es la población criolla afroamericana de habla inglesa (*créoles*). En diversos órdenes de la vida beliceña se aprecia aún lo que fue la dominación británica, pero también el aporte de una composición pluriétnica que incluye mestizos de habla hispana, tres variantes del maya (yucateco, kekchí y mopan), garífonas, menonitas, hindúes y chinos entre otros. Como bien lo señala Andrés Medina, la tendencia política, aunque de carácter integracionista en el sentido impuesto por la población afroamericana y de cara al Caribe, mantiene en su interior fuertes tendencias para abrir espacios a otras expresiones étnicas. Así se han formado organizaciones como el Consejo Cultural Maya de Toledo y el Consejo Garífona, miembros del Consejo Mundial de Pueblos Indígenas y de la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios de Centroamérica.⁴⁰

Los *créoles* se concentran principalmente en la costa del distrito de Belice, mientras que los hispanomestizos en el norte y los garífonas en la zona costanera del departamento de Stann Creek. Francesca Gargallo, después de anotar que las poblaciones de origen africano son numéricamente mayoritarias en su conjunto, señala el hecho importante para la problemática étnico-cultural respecto de que tales poblaciones han impreso su sello en la identidad nacional. "Tiene el cuerpo en Centroamérica y el alma en el Caribe", nos dice en otro trabajo, citando a Gilberto Castañeda, condición que, agrega además, no es privativa de Belice, más bien es el rasgo común de toda la costa atlántica del Istmo.⁴¹

En las últimas décadas se ha notado un aumento significativo de la presencia hispanomestiza dentro de los ámbitos tradiciona-

³⁹ Sobre este proceso y el Estatuto de Autonomía de la Costa Atlántica de Nicaragua recomendamos el libro de Héctor Díaz Polanco y Gilberto López y Rivas, *Nicaragua: autonomía y revolución*, México, Juan Pablos, 1986; así como el trabajo "Las regiones autónomas de Nicaragua" de Héctor Díaz Polanco, que aparece publicado en el *Balace de la antropología en América Latina y el Caribe*, compilado por Lourdes Arizpe y Carlos Serrano, México, IIA, UNAM-CRIM, 1993, pp. 543-554.

⁴⁰ Medina, *op. cit.*, pp. 86-87.

⁴¹ "Cultura beliceña", incluido en Gargallo y Santana, *op. cit.*, p. 167.

les de la población afroamericana debido a la inmigración de guatemaltecos, salvadoreños, hondureños y algunos nicaragüenses que huyeron de la guerra en sus países. El análisis de esta problemática fue planteado por Francisco Villagrán Kramer.⁴²

Hasta aquí nuestro somero recorrido por esta diversidad étnica y cultural de la región caribeña en Centroamérica.

Son muchos y complejos los aspectos que pueden desprenderse de un análisis a fondo de esta realidad abigarrada. Sin embargo, aquí nos limitaremos a la formulación de algunas conclusiones de orden general que se relacionan de manera más directa con el objetivo central de esta ponencia. En primer lugar, la imagen que nos queda, aunque producto de una visión muy general, nos da cuenta de los diversos niveles de organización y desarrollo de la conciencia étnica en los distintos pueblos de la región. Se trata de una larga franja costera unida por una multiplicidad de elementos comunes y por una historia compartida; pero, no obstante lo anterior, es una región que está aún muy lejos de constituir un área homogénea e integrada. Asimismo, en ese cuadro someramente esbozado aparece lo nacional como una fuerza determinante para la expresión política y cultural de las distintas etnias, las cuales se ven obligadas a desarrollar sus luchas en el marco de cada una de las naciones centroamericanas y de cara a los Estados cuyas políticas criollistas, centralistas y modernizantes obstruyen su pleno desarrollo si no es que amenazan con aniquilarlas simplemente. La resolución de estas luchas, aunque sólo puede lograrse en ese marco, apuntan a estrategias de alcance continental, sólo ello permitirá a los pueblos indios abrirle las puertas a los nuevos proyectos étnico-nacionales en los cuales se prefiguren las utopías latinoamericanas del siglo XXI, en cuyos umbrales nos encontramos ya en la actualidad.

Finalmente, sólo nos resta señalar que con este trabajo buscamos contribuir al mejor conocimiento de los diversos sectores que constituyen la población de América Latina y el Caribe a partir de su diversidad étnica y cultural. Quizá ello redunde, aunque sea mínimamente, en el avance de los procesos democráticos que hoy replantean e impulsan los pueblos, en particular los pueblos indios y afroamericanos, por muchos de los rincones de nuestra América.

⁴² Francisco Villagrán Kramer, "El dilema de Belice: ¿país caribeño o centroamericano?", *Estudios Internacionales* (Guatemala, IRIPAZ), núm. 4 (jul.-dic. 1991), pp. 5-25.